

BUENAS NOCHES MAMÁ, HASTA NUNCA SEÑOR

- Buenas noches, mamá.
- Buenas noches, hija.
- Hasta mañana, papá.

Una frase sin respuesta. Sorpresa no, costumbre. Mi padre siempre ha sido poco cariñoso conmigo y con mi hermano. Aunque con éste es más amable, ya que, como le repite siempre mi padre, tuvo la suerte de ser chico. Para él las mujeres solo somos un objeto que limpia la cocina y que hace las tareas de la casa.

Al principio, no entendía el porqué de los pensamientos de mi padre, ya que no se parecían a los de ningún otro hombre que conociese, pero poco a poco entendía que mi padre siempre tenía la razón en todo y también en esto.

Debido al poco afecto recibido por parte de mi padre, tomé como ejemplo a seguir en la vida a mi madre. Al igual que ésta hacía las tareas de la casa y obedecía a mi progenitor. Con los años aprendí que hacerle caso, aunque yo supiera que no tenía razón, era la única manera de evitar el "castigo" que casi todas las noches mi padre

imponía a mi madre. Cuando se daba esta situación yo corría sigilosamente a la habitación de mi hermano y lo abrazaba bajo las sábanas. Todavía era demasiado pequeño para saber lo que pasaba y yo le hacía creer que todo era un juego, aunque entonces yo tampoco me daba cuenta de la importancia que tenía aquello.

A la mañana siguiente, en el desayuno, mi hermano siempre le preguntaba a mi madre si las manchas moradas de su cuerpo eran la sangre del monstruo que vivía en el armario y que mi padre había matado la noche de antes. Mi madre le sonreía y le daba un beso en la mejilla. Ese mismo día en el telediario informaron de la muerte de una mujer a manos de su marido.

- Seguro que algo habrá hecho –contestó mi padre.

Mi madre tragó saliva y nos sonrió.

- Si ustedes ven un caso parecido en su entorno denúncienlo.

Fue lo último que dijo la presentadora antes de que mi padre apagase la tele. Recogimos la mesa entre todos y cada uno se fue a hacer sus deberes, menos mi padre, que fue a trabajar.

Así, castigo tras castigo y cumpleaños tras cumpleaños, mi hermano y yo fuimos creciendo hasta el día en que nos dimos cuenta de la gravedad de los castigos de mi padre. Un día en el que mi madre llevaba moratones por todo el cuerpo, mi hermano y yo, sin el consentimiento de mi madre y escondiéndonos de mi padre, nos decidimos a ir a la policía y hacer lo que aquel día la presentadora había recomendado a la gente en nuestra situación.

Tras la denuncia y el juicio, con el apoyo de nuestros vecino como testigos, el juez falló a nuestro favor y dictó una orden de alejamiento hacia mi madre, mi hermano y hacia mí. Como consecuencia de este juicio mi madre sufrió una fuerte depresión, ya que de forma inexplicable, todavía lo quería.

Han pasado quince años desde aquel día. Ahora mi hermano está casado y con hijos, al igual que yo. Mi madre también ha rehecho su vida con Juan, un hombre que la quiere y comparte con ella las tareas del hogar. Nunca más he vuelto a saber nada de mi padre, porque, aunque él haya intentado ponerse en contacto con mi hermano y conmigo, nunca le perdonaré los años de felicidad que le robó a mi auténtica familia.

Nekane Iñigo